

Las humanidades, una ciudad aparte

Jaime Nubiola

[Texto oral]

Agradezco de todo corazón la amable invitación del prof. Justo Balmaceda Quirós, decano de la Facultad de Artes y Humanidades. Me encantaría estar físicamente presente con ustedes, pero debo conformarme con esta presencia online. Procuraré además ser breve.

Lo haré sin compartir ningún ppt pues quienes me escuchan ya están convencidos de lo que quiero contarles. Lo del ppt me trae a la memoria aquella ocasión en la que me invitaron a hablar en una residencia de estudiantes universitarios. Me esperaba en la puerta de la residencia el encargado de actividades culturales y me preguntó: ¿usted trae un ppt o tiene algo que decir? En mi caso, tengo algo que decir.

Y lo primero que quiero decir a todos los profesores de humanidades que me escuchan es que lo primero de todo es cuidar nuestra propia vida intelectual. Como escribió Gilson la vida intelectual es intelectual porque es estudio, pensamiento, pero es vida porque es también amor y corazón.

Me encantó el libro de la profesora norteamericana Zena Hitz «*Lost in Thought: The Hidden Pleasures of an Intellectual Life*» ["Perdidos en el pensamiento: los placeres escondidos de la vida intelectual"] publicado en el año 2020 por Princeton University Press y que ya ha sido traducido al español con el título "Pensativos".

Las humanidades a menudo suelen ser defendidas por su utilidad económica o política. Sin embargo, Hitz sostiene que nuestras vidas intelectuales son valiosas no a pesar de su inutilidad práctica, sino precisamente a causa de ella. El libro de Zena Hitz me cautivó porque invita a repensar el papel de las universidades y las enseñanzas humanísticas en nuestra sociedad. Leo dos citas de ese libro:

«La buena enseñanza casi ha desaparecido de nuestros campus universitarios, sobreviviendo solo gracias a personas resistentes, dedicadas y con principios, que realizan un hermoso trabajo sin reconocimiento ni una recompensa adecuada» (p. 199).

«Tengo la esperanza de que nuestras instituciones que apoyan la actividad intelectual recuperen su propósito original. Debemos reconectar y recordarnos lo importante que es lo que hacemos, para que no se pierda este modo de ser particularmente humano, sus alegrías y dolores, sus modos de excelencia y sus lazos únicos de comunión» (p. 200).

Dicho con palabras más directas, los gestores de las universidades en buena parte del mundo están empeñados en reducir o eliminar las humanidades porque no aportan beneficios, ingresos económicos o no tienen suficiente demanda. Nosotros

humanistas hemos de conseguir que nuestras enseñanzas no sean gravemente deficitarias articulando políticas como los cursos transversales de humanidades en las demás carreras u organizando grados como el de *Philosophy, Politics, and Economy* que tan buenos resultados está teniendo en muchas universidades.

En esta dirección me deslumbró la lectura de un artículo de Talbot Brewer, profesor de ética en la Universidad de Virginia, en la interesante revista norteamericana *The Hedgehog Review. Critical Reflections on Contemporary Culture*. Se trataba de un ensayo publicado a raíz del conflicto institucional planteado en aquella Universidad entre la rectora Teresa A. Sullivan y la directora del *Board [la junta de Gobierno]* a propósito de la financiación de la Universidad y su escasa atención al desarrollo de enseñanzas *on-line*. En su carta de dimisión Sullivan adujo "diferencias filosóficas" con el *Board*, pero finalmente, a causa del clamor de profesores y alumnos en su apoyo, fue nombrada de nuevo rectora de la Universidad.

Lo que a mí me interesó fue en particular la inteligente argumentación que Talbot Brewer hacía en defensa de las humanidades frente a la creciente mercantilización de la Universidad, que pone en grave riesgo la continuidad de esas enseñanzas en los Estados Unidos y también en muchos otros países.

A juicio de Brewer, los defensores de las humanidades siguen básicamente dos estrategias. La primera consiste en destacar los beneficios económicos de los estudios humanísticos, sea porque quienes los realizan continúan luego sus estudios en escuelas de negocios y tienen más éxito profesional que los estudiantes de otras carreras, [Shell] sea por el beneficio que para un país suponen las humanidades como estímulo de la creatividad que tanto favorece el desarrollo económico.

A juicio de Brewer, quienes intentan defender las humanidades en términos del crecimiento económico personal o social no solo se equivocan acerca del objetivo de las enseñanzas que aspiran a defender, sino que se equivocan sobre todo al sostener que la prosperidad económica es lo más importante para la vida de los seres humanos.

Todos sabemos bien que el dinero no da la felicidad, porque no es un bien valioso en sí mismo. Es necesario pensar de nuevo y a fondo nuestro modelo de sociedad para liberarla de su extremada orientación actual hacia la producción y el consumo e intentar enfocar así las vidas humanas "a explorar y desarrollar el arte de la libertad". [Jóvenes Daniela Youtuber]

"Veo las humanidades —prosigue con entusiasmo Brewer— como el centro de las artes liberales, en el sentido de que son una fuente fecunda de actividades intrínsecamente valiosas, capaces de hacer más profundas las vidas de quienes permiten que sus mentes se transformen gracias a las humanidades. Hacen más profundas las amistades, las relaciones sociales de vecindad, el amor y el matrimonio, las relaciones entre padres e hijos, los paseos por los bosques, las reflexiones tranquilas, la actividad expresiva y creativa, y la contemplación de los productos expresivos y creativos de los demás. Ha llegado el momento en el que podemos permitirnos democratizar esta forma de educación favorecedora de la vida. Si, por el contrario, optamos por convertirnos en un tipo de Esparta comercial, cuyo sistema educativo está guiado primordialmente hacia el incremento de la productividad económica, dejaremos a las futuras generaciones un entorno natural saqueado y un ambiente cultural muy degradado".

La segunda estrategia para la defensa de las humanidades consiste en argumentar su importancia no en términos de productividad económica, sino —tal como ha hecho brillantemente Martha Nussbaum— por su contribución a la vida ciudadana. Nussbaum sostiene que las humanidades desarrollan las capacidades analíticas, la comprensión intercultural, el respeto mutuo y la preocupación por los necesitados que tan necesarios son en una sociedad democrática. A juicio de Brewer, se trata de un argumento débil no solo porque en nuestras democracias, regidas tantas veces por unas élites, nuestro papel se limita a votar cada cuatro años, sino también porque no está claro cómo las obras literarias y filosóficas pueden hacer que sus lectores se conviertan en mejores ciudadanos. [La nación más culta en la primera mitad del siglo XX constituyó el espacio fatídico del Holocausto].

Para Brewer —y para mí— la clave para la defensa de las humanidades se encuentra en comprender que quienes enseñamos humanidades lo que estamos enseñando verdaderamente es a *ser mejores*; se trata de una forma de pensamiento y de vida que procuramos compartir con nuestros estudiantes. En el fondo, esto no tiene nada que ver con prepararles para el éxito económico, social o político. Estamos persuadidos de que los profesores tenemos algo valioso que ofrecerles y que no pueden aprender en los más prestigiosos bufetes o en las empresas más competitivas por mucho dinero que se gane allí. No es solo que las humanidades sean placenteras, sino que son la puerta de entrada a una atractiva actividad vital de perfeccionamiento personal. Las humanidades impregnan nuestra vida de un hondo sentido vocacional que es potencialmente muchísimo más significativo que el comercio o la política.

Por ejemplo, quienes nos dedicamos a la filosofía no centramos las horas de clase en tediosas explicaciones eruditas de abstrusas teorías, sino que aspiramos a articular unitariamente nuestro pensamiento y nuestra vida para introducir a nuestros alumnos en esa conversación multiseccular que es la filosofía y así contagiarles realmente algo que podemos llamar una "forma de vida".

En mis cursos los estudiantes tenían que escribir a lo largo de cada semestre cuatro o cinco ensayos breves con su opinión sobre un tema determinado a partir de un texto común. Entregaban sus ensayos en un día fijo y en la siguiente clase los devolvía corregidos. Cuatro o cinco alumnos —seleccionados de antemano— leían sus textos en voz alta y eran discutidos libremente por toda la clase. Puedo decir que, de vez en cuando, alguna tarde se producía "el milagro": ¡estábamos haciendo filosofía! Me siento particularmente recompensado cuando la discusión que surgió en el aula continúa entre los estudiantes en los pasillos y en la cafetería al terminar la clase. Los estudiantes se marchan de esas sesiones persuadidos de que han aprendido algo mucho más valioso que la pasiva toma de apuntes de una quizás imponente lección magistral.

Cada vez que unos estudiantes se lanzan a pensar y hablar por su cuenta y riesgo sobre un tema que les interpela personalmente, la filosofía vuelve a comenzar y con ella todas las humanidades, pues renace la humanidad. "Se dice que la universidad no es el mundo real —termina Brewer su artículo— y en cierto sentido estoy feliz en afirmarlo. [...] La veo como un tipo de **ciudad aparte** con unos pocos miembros permanentes y una siempre cambiante ciudadanía de jóvenes. Cuando funciona bien, lo que sucede en esta polis es una intensificación de una forma de cultivo personal que ha de ser continua con la vida. [...] Esta ciudad paralela proporciona un importante contrapeso a los efectos

conformadores de la cultura que surgen de esa mezcla contemporánea de capitalismo corporativo y de tecnología de las comunicaciones. [...] Sería una pérdida devastadora si rehiciéramos esta ciudad paralela de acuerdo con los valores dominantes en las empresas".

Mi experiencia de muchos años en la Universidad de Navarra ha sido muy reconfortante en este sentido. He impartido cada año un curso de claves del pensamiento actual a un centenar de alumnos —algunos de ellos muy brillantes— de Ciencias, Farmacia y Económicas. Siempre hay una docena de estudiantes que se sienten interpelados por ese modo de vida filosófico que trato de contagiar en mis clases. Ya solo por esos doce —y por el ensanchamiento de sus vidas que la filosofía les proporciona—, merece la pena la enseñanza de las humanidades. Esa *ciudad aparte* es lo mejor de nuestra sociedad: esa es verdaderamente la Universidad con mayúscula.

Una cuestión básica para nuestra tarea es la de ganar la batalla de la atención. Me impactó el artículo de Graham Burnett y otros dos autores en el *New York Times* del 24 de noviembre, que llevaba por título «Powerful Forces Are Fracking Our Attention. We Can Fight Back» [Fuerzas poderosas están cuarteando nuestra atención. Podemos contraatacar]. Burnett en ese artículo consideraba que hoy en día "el problema de la atención volátil o fragmentada ha alcanzado verdaderamente proporciones catastróficas" tanto en la enseñanza secundaria como en los primeros años de universidad. Recomienda que los profesores (y el sistema educativo) prestemos atención a la atención, esto es, dediquemos espacio en la enseñanza a enseñar a escuchar lo que otros dicen, a leer un texto enterándose, o a mirar un paisaje o una obra de arte. Esto es precisamente lo que las enseñanzas de humanidades habrían de lograr y lo que nosotros somos capaces de enseñar. Piensen que posiblemente yo soy filósofo porque tuve un profesor que se emocionaba casi hasta la lágrima leyendo en griego la *Iliada* y traduciéndola con nosotros.

Debo terminar ya y quiero hacerlo con dos recomendaciones de viejo profesor. La primera a todos los que me escuchan que no dejen de leer: si es posible, un libro a la semana. Estoy ahora leyendo "Escuela del alma" del filósofo José María Esquirol que me tiene cautivado.

La segunda que no dejen de escribir y de hacer que sus alumnos escriban y después leer con ellos lo que han escrito. Los profesores que estamos empeñados en pensar, en articular unitariamente nuestro pensamiento y nuestra vida, somos mucho mejores que ChatGPT, porque tenemos cosas mucho más interesantes que decir.

La batalla crucial en nuestra sociedad está en el papel que en ella se otorgue a las humanidades. Mientras unos pretenden eliminarlas como oscuros residuos del pasado, otros sabemos que las humanidades enseñan lo verdaderamente decisivo, esto es, enseñan *cómo vivir* y ayudan a descubrir el genuino sentido de la vida humana. Como leí hace unos días en el excelente libro de Marina Garcés "Nueva ilustración radical" (p. 72): "Las humanidades no son un conjunto de disciplinas en extinción, sino un campo de batalla en el que se dirime el sentido y el valor de la experiencia humana".

Muchas gracias por vuestra atención.

Agradezco las correcciones de las profesoras Marinés Bayas y Martha Estela Torres.